



Paleta predinástica de 3500 a. de J.C. aproximadamente. En ella se representa una escena de la caza del león. A la derecha, el jefe asaetea al león. Tras él sigue su escudero con el símbolo del Halcón y a continuación los guerreros con cola de chacal, lanza, bumerang y maza en forma de pera. Debajo de los guerreros avanzan ciervos en hilera. Los fragmentos de la derecha están en el Museo del Louvre; el de la izquierda, en el Museo Británico de Londres.

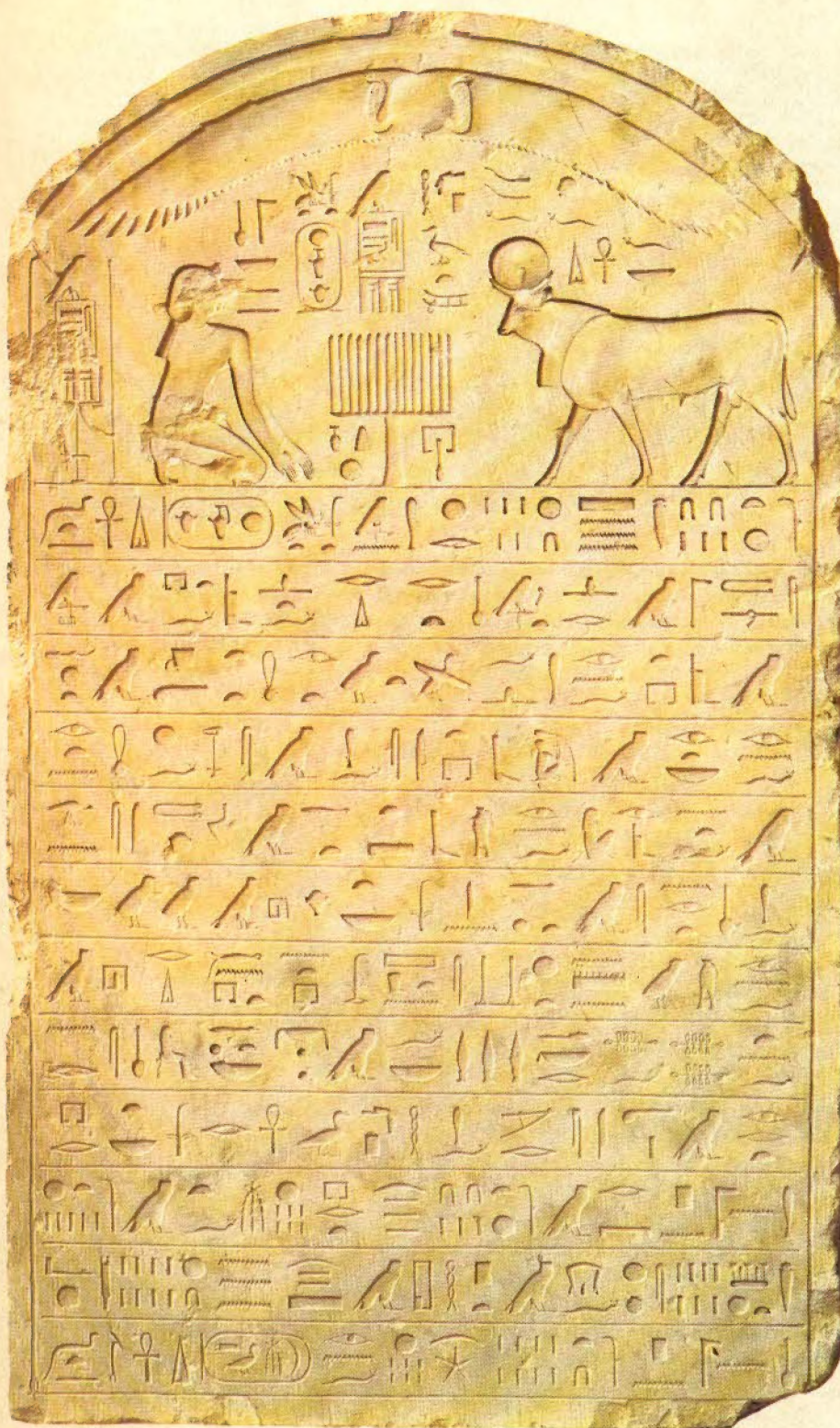
Orígenes de Egipto

El lector habrá podido apreciar en los precedentes capítulos el desarrollo de una civilización mediterránea. En una región de Europa (la isla de Creta) las razas humanas han pasado del estado salvaje, con útiles de piedra y una vida casi puramente animal, a la cultura organizada que revela la Grecia prehelénica. Hemos escogido esta parte del mundo —de Europa— para estudiar el fenómeno de los orígenes de la civilización porque en ella los datos resultan más abundantes y el progreso es continuado: se ve al hombre avanzar paso a paso desde los primeros tiempos, cuando no tenía aún chozas ni había aprendido a refugiarse en abrigos, hasta aquellos días en que habita ya en los espléndidos palacios de Cnosos y Festos y navega por los mares, trafica, funda colonias e inventa artificios de belleza comparables con los de nuestros tiempos.

Pero, debido acaso a que sólo estamos en vías de descifrar las escrituras prehelénicas, el lector tendrá que recordar que nuestro conocimiento de la organización política de las gentes de esta parte de Europa se basaba en puras conjeturas. No podíamos dar un “texto” completo; nuestras referencias eran de poemas posteriores, donde se notaban supervivencias de un pasado muy antiguo.

Además, el hombre como individuo, el genio, el héroe, el monarca, el jefe de estado, no ha aparecido destacado. Minos era un nombre, como Teseo, Dédalo, Ariadna... Esta circunstancia también es debida a la falta de textos; ¿quién sabe las sorpresas que nos esperan cuando lleguen a leerse y comprenderse íntegramente los jeroglíficos cretenses?...

Por todas estas causas, pues, el mundo que hemos estudiado hasta ahora es espiritualmente inferior al que vamos a conocer ya desde este capítulo. En Egipto encontraremos reyes que serán personajes vivos; los oficiales de la administración y hasta los simples burgueses nos hablarán con las inscripciones de sus tumbas. No es que en Egipto la humanidad haya aprendido a escribir, sino que somos nosotros los que, hasta llegar a Egipto, no aprendemos a leer. Es posible que en el occidente de Europa, ya en la época neolítica, los hombres se comunicaran unos con otros por medio de ciertos guijarros pintados, que son todavía un enigma, y es probable que en el oriente europeo —en Creta precisamente—, los jeroglíficos fueran tan precoces como en Egipto, pero estos últimos pueden entenderse y los otros no; ésta es la grande y trascendental



Estela egipcia con inscripción ideográfica presidida por las figuras de Amosis y Apis (Museo del Louvre, París). La interpretación de los jeroglíficos, gracias sobre todo a la labor de Champollion, abrió las puertas a una mejor comprensión de la historia del Egipto faraónico.

diferencia para nosotros. Una piedra encontrada en 1798 en Rosetta, en el delta del Nilo, sirvió para descifrar los jeroglíficos egipcios. En ella hay grabada una inscripción en honor de Tolomeo V Epifanes, escrita en jeroglíficos, en caracteres demóticos y griegos. Valiéndose de esta inscripción trilingüe, Champollion fijó las bases para un sistema correcto de descifrar los jeroglíficos.

Vamos a ver primero qué era este país privilegiado, sus orígenes y sus primeros pobladores. También Egipto tuvo un pasado prehistórico; también en el valle del Nilo el hombre primitivo vivió errante, como los modernos australianos, con groseros útiles de piedra, que hoy se encuentran debajo del limo acumulado por las inundaciones. Es difícil calcular la edad de estos restos humanos, porque no sabemos con qué rapidez se formó el terreno sedimentario que los cubre. Hoy el Nilo deja anualmente una capa de medio centímetro de espesor, pero en tiempos remotos debió de tener un clima muy distinto del que tiene ahora. A cada lado del valle del Nilo hay *uadis* o torrentes secos con señales de haber sido ríos caudalosos. Hubo bosques con grandes árboles hoy petrificados en lugares donde no ha caído una gota de agua hace millares de años. El desierto que ahora se extiende a cada lado del valle absorbe de tal manera la humedad que se evapora del Nilo, que ya en tiempo de los faraones la lluvia en Egipto era un fenómeno muy raro. No ocurría así en los tiempos prehistóricos; útiles de piedra se han encontrado también en lugares apartadísimos de la corriente del Nilo, donde hoy no podría subsistir un ser humano. Es seguro que Egipto tuvo un clima moderado en el último período glacial. Entonces debió de estar ocupado por bandas errantes de salvajes que manejaban primitivos útiles de piedra. No sabemos a punto fijo si eran todavía mediterráneos o pertenecían ya a una raza africana. A los egipcios posteriores se les llama de raza hamítica, pero este nombre es tan poco preciso, que sólo sirve para aseverar que los habitantes de Egipto no eran semitas, sino de la raza de Ham o Cam, distintas de la de Sem.

Se descubre, sin embargo, que los antiguos egipcios eran mezcla de diferentes razas y que había en el delta grandes infiltraciones de semitas y libios mediterráneos, pues en muchas ocasiones estos extranjeros impusieron dinastías que fueron reconocidas como legítimas. Pero la raza más primitiva, que debió de formar la plebe, se ve reaparecer en el *fellah* o campesino egipcio de nuestros días, sin manifestar grandes cambios desde la época predinástica.

Al cesar el enfriamiento terrestre del último período glacial, Egipto debió de entrar en el régimen actual de país sin lluvia, fecundado solamente por la crecida anual del río, que, además de humedecer el suelo, fertiliza los campos, dejándoles el abono natural de una capa de limo. Esta inundación periódica, cuya causa desconocían los antiguos egipcios, es debida a que el Nilo durante el verano crece con las lluvias tro-

picales y con la fusión de las nieves de las montañas del centro de África. Cuando la inundación cesa, entre los meses octavo y noveno del año, el *fellah*, para procurarse el agua, tiene que sacarla del río con cubos de cuero y valiéndose de artefactos sumamente primitivos, llamados *shadufs*, anteriores a las norias, que importaron los árabes.

Hacia el quinto milenio a. de J. C., Egipto debió de verse invadido por otra raza superior, probablemente de africanos, en posesión de útiles de piedra pulida y de cerámica. Debían de conocer también los metales, pues en los más antiguos recuerdos de los egipcios se habla de estos invasores como de los "herreros". Se dice que se hicieron fuertes primeramente en Edfú, en el

MÉTODOS PARA EL ESTUDIO DE LOS ORÍGENES DE EGIPTO

Escasez de documentos arqueológicos para el período que se extiende desde la época de Merimde a la dinástica.

Métodos no apoyados preferentemente en la arqueología.

Utilización exclusiva de documentos arqueológicos y filológicos.

Utilización, además, de los elementos religiosos, sometiéndolos a crítica histórica.

La civilización egipcia no empieza hasta el período dinástico.

Entre Merimde y la I dinastía existe una evolución histórica que no se puede olvidar.

Formación de Egipto en la época de Menes por nómadas del Sur y agricultores del Norte.

Existencia de los reinos predinásticos de Buto y de Nehen, ambos consagrados a Horus.

Egipcios transportando grano, según una pintura de la XI dinastía, procedente de El-Gebelen (Museo Egipcio, Turín). Aunque en el Antiguo Egipto no existía la esclavitud como clase social, de hecho los campesinos estaban al servicio del rey, de los poderosos o del templo. El fellah de la actualidad es una versión moderna de estos campesinos.





Enterramiento egipcio del año 3500 a. de J.C. aproximadamente

(Museo Británico, Londres).

En el Antiguo Egipto los muertos se enterraban en la arena con el cuerpo doblado y acompañados de un abundante ajuar.

Alto Egipto. Sabiendo que sus enemigos se habían reunido cerca de Tebas, armados de lanzas y provistos de cadenas para los prisioneros, cayeron sobre ellos y consiguieron derrotar a los antiguos aborígenes del valle del Nilo, que empleaban sólo armas de sílex.

Lo más probable es que los "herrereros" llegaran a Egipto siguiendo la corriente del Nilo Blanco y después la del Nilo, de Abisinia y aun de más al Sur, de la costa oriental de África. Por de pronto su superioridad debió de fundarse en las armas de cobre, metal que no existe en Egipto y se encuentra en el Sudán. Además, hasta en los tiempos faraónicos se conservó la tradición de enviar

EL PALEOLÍTICO EGIPCIO

El caso de Egipto y su historia antigua es único y extraordinario. El valle del Nilo nos ofrece testimonios de ocupación humana y su correspondiente industria desde el más remoto paleolítico hasta los tiempos modernos. En ninguna otra comarca de la tierra poseemos tantos yacimientos excavados que ligan entre sí, ofreciéndonos una larga evolución, con rasgos y elementos propios, que permiten individualizar un círculo cultural. Egipto muestra el nacimiento, desarrollo y muerte como un ser vivo de una cultura a lo largo de cinco mil años, como modelo de lo que buscamos para muchas otras culturas que desaparecieron o que viven todavía.

De modo muy claro la historia del Egipto Antiguo está ligada a la del Nilo. Los estudios geológicos y climáticos que se han realizado en África han permitido elaborar una historia de este río con el conocimiento de sus terrazas y los cambios de nivel, en especial en su desembocadura. En las terrazas altas es donde han aparecido industrias del hacha de mano en sus diversas fases. Carecemos de restos antropológicos de esta etapa antigua del paleolítico, pero no es aventurado suponer que, al igual que se han encontrado en el Bajo Egipto restos de primates terciarios precursores de los homínidos, podrán aparecer un día restos de pitecantropidos, que por vía egipcia llegarían a Ternifine, e incluso de australopitécidos, como han apa-

recido ya junto al lago Chad y en el valle del Omo, en Abisinia.

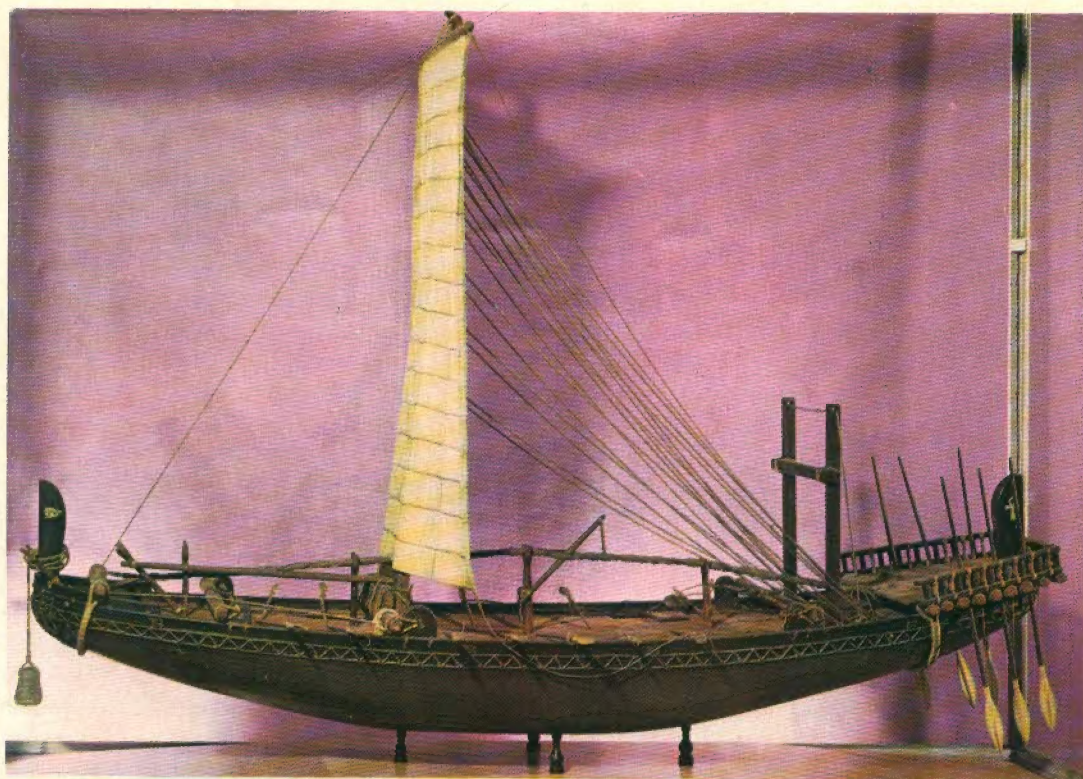
El valle del Nilo fue un camino obligado entre las viejas culturas de la piedra del Próximo Oriente y las tierras tropicales y ecuatoriales, en especial las de la faja oriental del continente. Los restos más antiguos correspondientes a las industrias del hacha de mano se encuentran en la superficie de las terrazas más altas, hoy desiertas, habiendo sufrido una fuerte pátina. En los depósitos fluviales de la región de Tebas se halla material atribuible tipológicamente al abbevillense, achelense y musteroalevalloisiense, con puntas foliáceas. En la terraza de treinta metros hay industrias de lascas y abbevillense; achelense y micoquiense en la de quince metros; achelolevalloisiense en la de nueve metros; levalloisiense medio en la de tres metros, mientras en la base aparecen tipos de levalloisiense medio y puntas de retoque bifacial, que pueden relacionarse con la industria de Stillbay, propia del África del Sudeste y del Este. Industrias del hacha de mano parecidas se hallaron, con estratigrafía muy confusa, en Abbassieh, cerca de El Cairo.

Puede decirse, pues, que el valle del Nilo forma una unidad con el resto de África y los países mediterráneos durante el paleolítico superior. El aislamiento de Egipto parece acentuarse a partir de ese momento y conocemos mal —como ocurre

en todo el continente— la equivalencia del paleolítico superior europeo. Por una parte, tenemos una facies musteroalevalloisiense en el llamado khargense del oasis de Kharga, que señala un antiguo valle fluvial paralelo al del Nilo; junto a él, el aterriense, propio del noroeste de África, caracterizado por la presencia de útiles pedunculados en piezas de tradición musteroalevalloisiense y que en buena parte corresponden ya al paleolítico superior. Por otro lado, en el Alto Egipto y Nubia se descubrió una industria muy interesante, depositada en pequeñas colinas sobre el fondo del valle, mostrando que el río había disminuido su caudal en pleno epipaleolítico.

El sebilense inferior muestra pequeñas lascas levalloisienses, mientras el sebilense medio ofrece claras pruebas de progreso. Se hallan concheros con restos de hipopótamos y otros mamíferos, hogares con protección de barro cocido por el fuego, grandes puntas y hojas de tendencia geométrica. Esta tendencia se acentúa en el sebilense superior con microlitismo sobre restos de las técnicas tradicionales, microlitismo que nos recuerda también al capsense, que pudo tener aquí sus focos originales. Falta la cerámica, pero se demuestra la recolección por el hallazgo de piedras para triturar grano.

R. M.

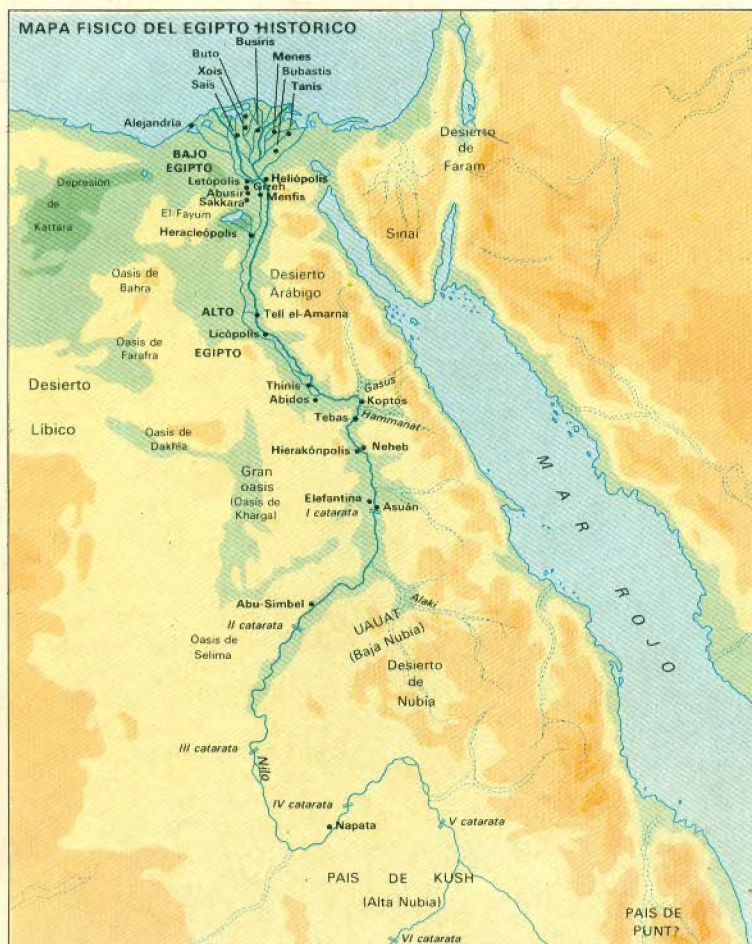


Barco de vela del Antiguo Egipto (Museo Egipcio, Turín) y una reconstrucción de este tipo de nave (Museo Marítimo, Barcelona). Los egipcios conocieron la navegación y los viajes de altura, en busca, sobre todo, de objetos de lujo.



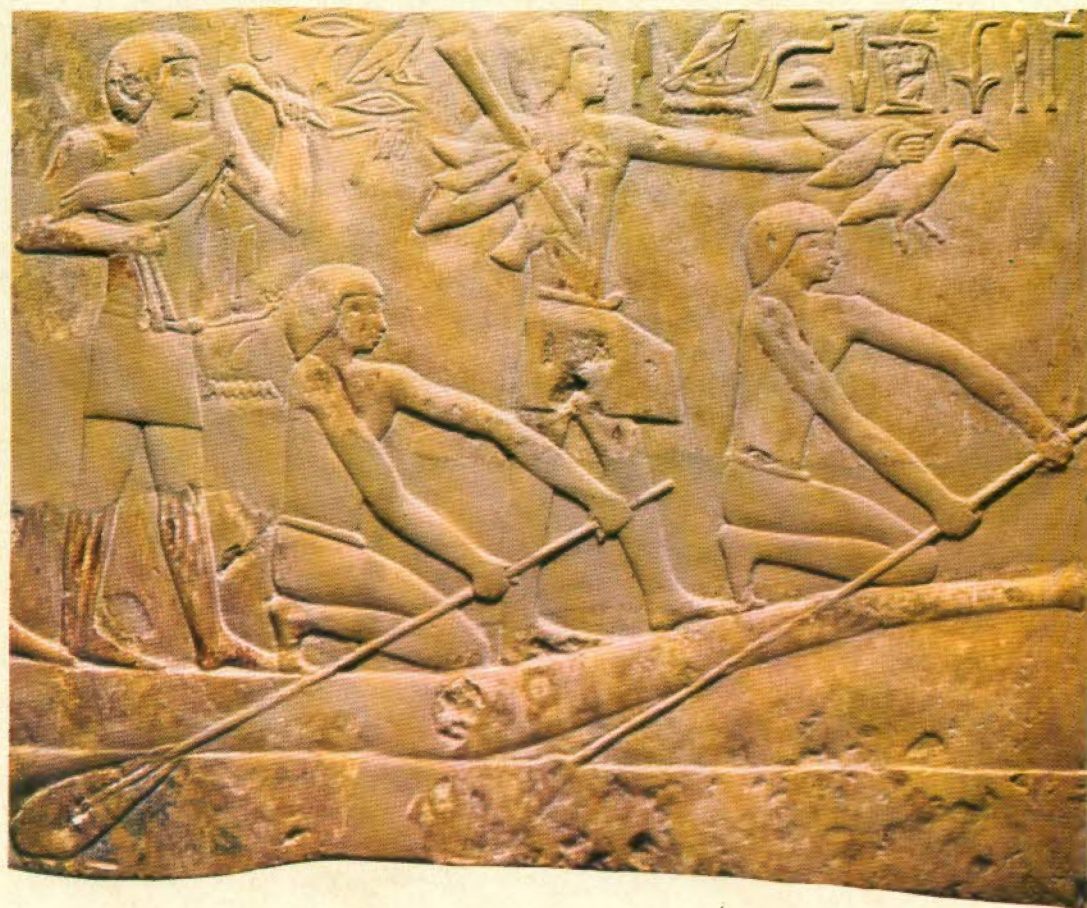
expediciones a este país del Sur, que llamaban los egipcios el país del Punt, para proveerse de especias y perfumes que eran de uso litúrgico. El viaje en los tiempos históricos al país del Punt se hacía por mar, pero las caravanas traían también por tierra los productos del corazón de Africa, que eran muy apreciados por los egipcios. A los "herrereros" invasores hay que atribuir la cerámica

pintada prehistórica de Egipto. Sus vasos están hechos a mano, sin torno, pero de pastas finas, y sobre el color pardo de la arcilla se han pintado figuras y dibujos con otro color más oscuro. Los muertos se entierran en la arena, doblado el cuerpo en cucullas y con su ajuar de cerámica y armas. En los dibujos vemos animales que ya habían desaparecido de Egipto en la época histórica,



como el elefante y el okapi, de recios cuernos, y además otros como el avestruz, que nunca vivieron en el valle del Nilo. Esto probaría el origen africano de los invasores, como también las siluetas de montañas, que aparecen dibujadas según triángulos negros.

Así tendríamos, pues, dos razas, los aborígenes y los "herreros", para explicar la constitución del primitivo Egipto; pero Flinders Petrie hace notar que ya en las más antiguas representaciones de los relieves de las tumbas aparecen seis tipos de habitantes del valle del Nilo: unos son los hombres de nariz aguileña, probablemente de origen libico o mediterráneo, que serían los aborígenes; los segundos llevan el cabello rizado y una barbilla plana, como si fueran sirios o asiáticos no semitas; otros tienen la nariz puntiaguda y una trenza de cabello, y visten ropas largas, que debían de ser los habitantes de las orillas del mar Rojo; otros, que parecen de corta estatura, habitarían el valle central del Nilo; otros, parecidos a éstos pero con barba ancha y abundante, estaban establecidos en el delta; por fin, otros, que deben de ser los invasores africanos, son de una raza mucho más fuerte, de nariz recta, que se ve penetrar en Egipto, primero en el alto valle del Nilo y después en el delta. Esta mezcla y cruzamiento de razas debió de ser



Bajo relieve procedente de una tumba de la V dinastía que representa una escena de pesca a bordo de un sencillo bote (Museo Egipcio, Berlín).

LOS PRIMEROS PASOS DE UNA CIENCIA: LA EGIPTOLOGIA

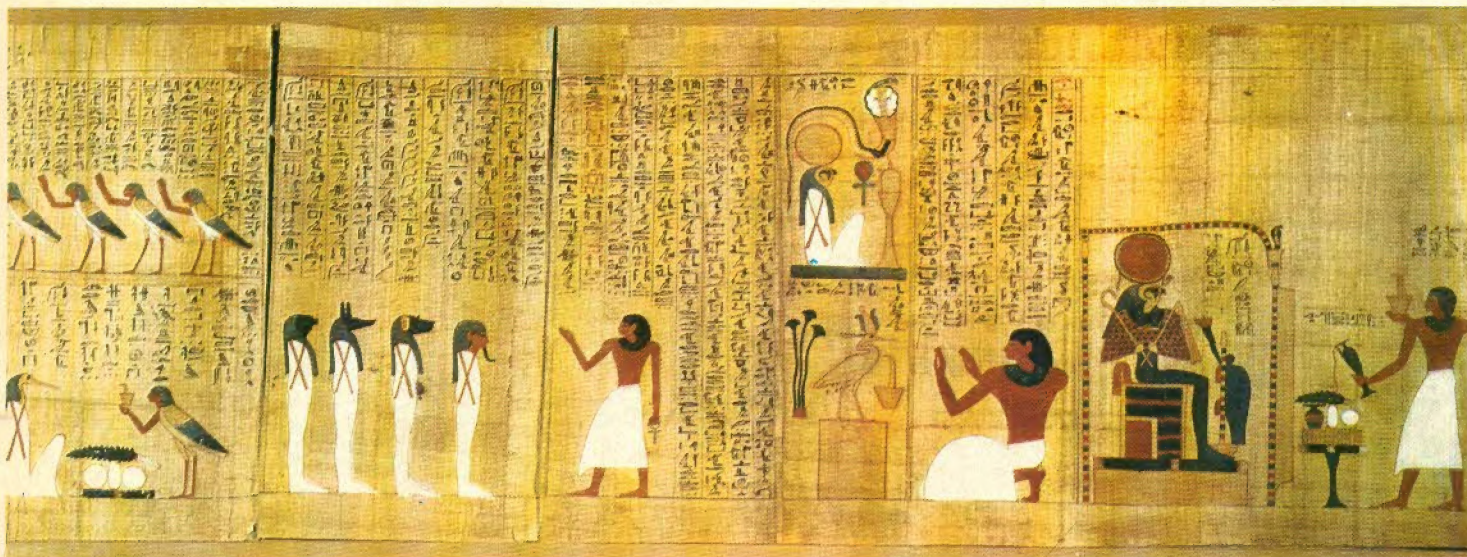
1672	El padre Vansleb investiga en las ruinas de las dos colosales estatuas de Ameno-fis III, los "colosos de Mem-nón".	1809	Publicación de los resulta-dos de la expedición napo-leónica: "Description de l'Egypte".	1822	Desciframiento de los je-roglíficos de la piedra de Rosetta por Champollion.
1692-1765	Vida del conde de Caylus, que escribe "Recueil d'an-tiquités égyptiennes, étrus-ques, grecques et gauloi-ses".	1812	Banks lleva a Inglaterra el obelisco de Filae.	1843-1846	Misión alemana de Richard Lepsius en Egipto y Nubia, que eleva el número de pirámides conocidas a 77 y descubre el tipo sepulcral llamado "mastaba".
1798-1799	Expedición de Bonaparte a Egipto.	1817	Belzoni descubre el sepul-cro de Seti I.	1849	Lepsius: "Cronología de Egipto".
1802	Denon: "Voyage dans la Haute et Basse Egypte".	1818	Penetra este viajero en el interior de la pirámide de Kefrén.	1850	Mariette descubre el Sera-peum de Menfis. Lepsius: "Libro de los reyes egipcios".
		1820	También organiza una ex-posición en el Egipcian Hall de Londres.		

favorable para la aparición de un nuevo tipo humano, como ocurre en América, donde al fundirse las diversas razas europeas se está creando un tipo superior. No se hallan en ningún documento de Egipto restricciones o tabúes que impidan el cruzamiento; a menudo los faraones se casan con extranjeras y lo mismo harían los simples ciudadanos. El extranjero no encontraba tampoco dificultades para conseguir cargos públicos y vivir de una pensión oficial, como lo prueban hasta la saciedad la historia de José relatada en la Biblia y otros casos que exponen con todo detalle las biografías y epitafios de las tumbas.

La variedad de razas obligó a constituir Egipto en un sistema de veinte provincias o *nomos*, que conservaban cierta autonomía hasta en los tiempos faraónicos, pero que en la época predinástica debían de ser completamente independientes. Estos gobiernos locales fueron la reserva de donde Egipto sacó sus dinastías superiores; cuando una familia de monarcas se agotaba o embrutecía en el poder, o pretendía reformas imposibles, siempre se encontraba dispuesta otra familia con derechos a la corona, que pasaba a ejercer el poder en lugar del monarca destronado. Esto contribuyó a que fuese evitado el legitimismo intransigente, que en ciertos países puede llegar a alcanzar efectos desastrosos.

Estela del faraón Uto, de la primera dinastía, llamado el rey-serpiente (Museo del Louvre, París). Sobre la fachada de su palacio aparece el signo de la serpiente, y encima del rectángulo, símbolo del Egipto unificado, descansa Horus, el dios Halcón.





Papiro funerario egipcio de la V dinastía (Museo del Louvre, París). En él están representados varios dioses del panteón egipcio, que tomaron la forma de los animales protectores de los antiguos nomos.

Cada uno de los nomos tenía un animal patronímico, acaso el primitivo tótem del clan, que después se identificó con uno de los dioses del panteón egipcio. La historia de estos primeros tiempos predinásticos, cuando los nomos eran todavía independientes, la conocemos vagamente por una serie de relieves grabados en pequeñas placas de pizarra, que llamamos "paletas". La razón de este nombre deriva de suponer que, en un principio, sirvieron verdaderamente

de paletas para desleír los colores con que se pintaban el cuerpo los habitantes del valle del Nilo.

Algunas de estas tabletas o paletas muestran relieves en los que, evidentemente, se trata de conmemorar hechos históricos. En una de ellas se ven recuadros con torres que deben de indicar ciudades muradas, capitales representativas de los nomos. Dentro hay un tótem animal y encima otro que parece dominarlas o poseerlas. En otra paleta



Detalle del "Libro de los Muertos", un antiguo texto funerario egipcio escrito sobre papiro (Museo Egipcio, Turín).

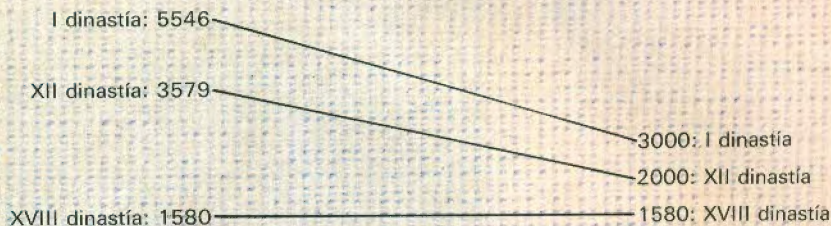


Estatua de madera del dios Seth, protector, con Horus, del Antiguo Egipto unificado por el fundador de la primera dinastía, el rey Menes (Museo Egipcio, Turín).

vemos al león con los halcones persiguiendo a unos hombres que van desnudos, de cabello rizado y barbudos. En otra, el león aparece vencido por unos guerreros que llevan grandes arcos. Claro está que la información que nos proporcionan las paletas predinásticas de Egipto resulta muy incoherente y confusa, pero nada parecido hemos hallado en la Europa prehistórica. Algunos animales representados son los mismos que con carácter de animal sagrado vemos en los tiempos históricos. En cambio, otros como jirafas y avestruces nunca existieron en el valle del Nilo.

Para los sacerdotes del Egipto faraónico su historia empezaba con el primer rey de la primera dinastía, que se llamaba Menes o Mena. Muchas tradiciones anteriores a Me-

CRONOLOGIA LARGA Y CRONOLOGIA CORTA



Si a partir del principio de la XVIII dinastía parece haber un acuerdo entre la mayoría de los egiptólogos y una mayor precisión en las fechas, los períodos anteriores de la historia egipcia no han sido fechados con tanta seguridad: existe una cronología larga, que sitúa el comienzo de la I dinastía hacia 5546, y una corta —más aceptada en la actualidad—, que lo coloca alrededor del año 3000; incluso algunos historiadores, como Van der Meer, comparando la historia egipcia con la mesopotamia, han dicho que el reinado de Menes no puede ser anterior al año 2400.



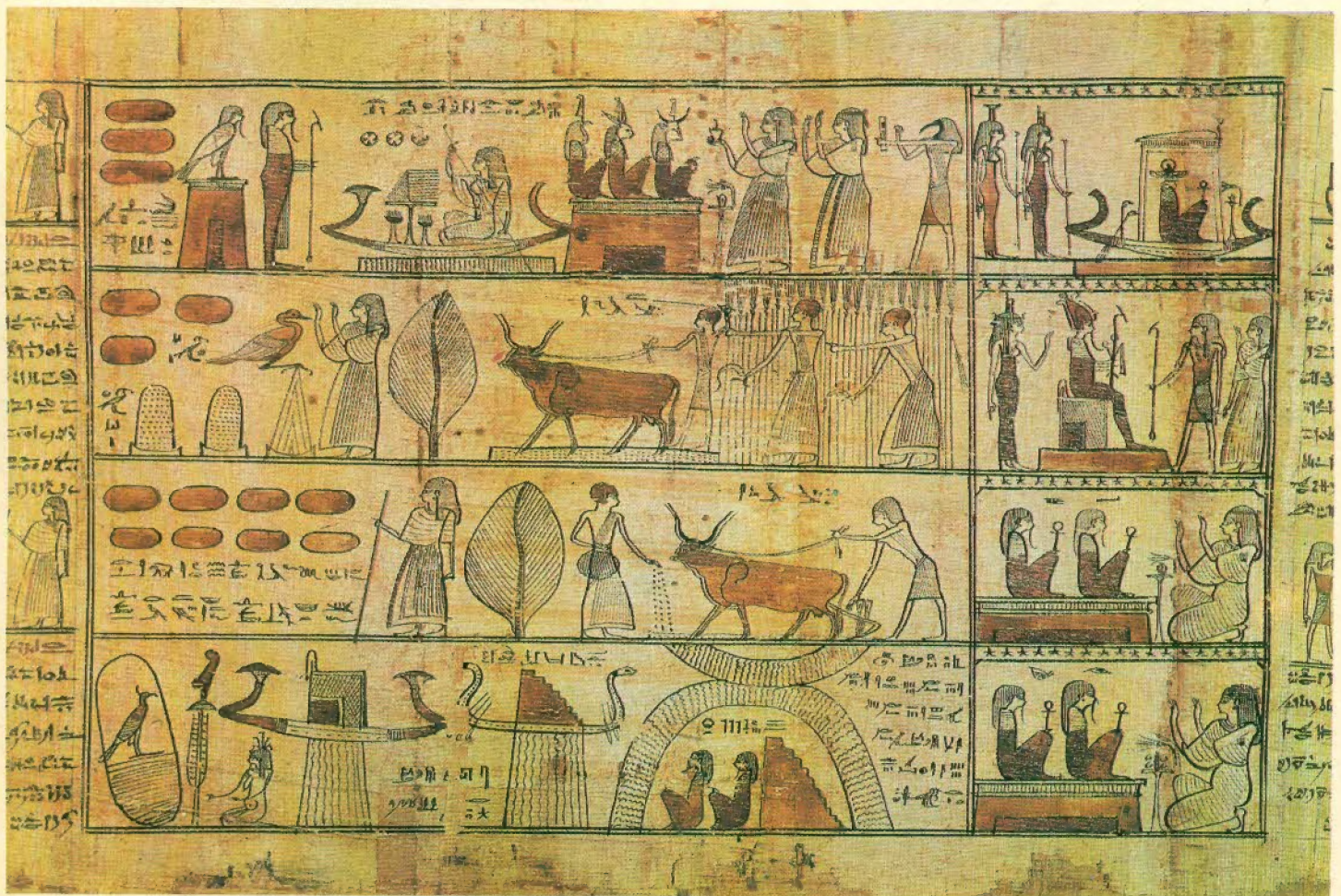
Talla de un funcionario menfita con su mujer, una de las obras maestras, a pesar de su deterioración, de la estatuaria del Antiguo Imperio (Museo del Louvre, París).

nes eran mitológicas; según ellas, no reyes, sino dioses, rigieron los destinos del valle del Nilo. Las paletas con relieves nos indican ya que la unificación de las diversas comarcas se verificó con grandes luchas. Probablemente los nomos independientes se juntaron en dos grupos, dos alianzas o confederaciones, una en el Alto Egipto, o sea la parte sur del valle hasta la primera catarata, y otra en el Bajo Egipto, en el delta. Los monarcas del Alto Egipto se distinguieron por llevar una especie de tiara alta; la corona del Bajo Egipto fue más bien un bonete circular. Al unirse los dos reinos, los faraones ciñeronse las dos coronas, una dentro de la otra.

Por lo tanto, después de una primera unificación que momentáneamente produjo la invasión de los "herrereros" o guerreros metalúrgicos, Egipto se subdividió otra vez hasta que un primer faraón, Menes, reunió las "dos tierras": el Alto y el Bajo Egipto. Y al llegar aquí creemos necesario decir algo acerca de las fuentes literarias de la historia de Egipto y su cronología. Hasta ahora nos hemos valido de objetos: armas y paletas con relieves, que no tenían jeroglíficos o inscripciones, porque ya hemos insinuado

que los recuerdos y archivos de los templos en el período faraónico no pasan más allá de Menes. Pero al llegar al primero de los faraones documentados empezamos a tener otra fuente de información: primero, los relieves en los muros de los templos con sus inscripciones; segundo, los escritos en papiros o en piedras, y tercero, la compilación de un sacerdote llamado Manetón, que redactó en griego la *Historia Egipcia*, por encargo de Tolomeo I, a principios del siglo III a. de J. C. Estas son las fuentes y parece que con ellas deberíamos tener amplia información, pero desgraciadamente suscitanse las siguientes dificultades. Primera: las inscripciones de los templos son posteriores a las primeras dinastías y no se corresponden entre sí; además, son cronologías redactadas por encargo de un monarca, que tiene empeño a veces en disimular o exagerar ciertos hechos de sus antepasados. Segunda: los papiros han llegado enormemente mutilados. El más precioso documento histórico de Egipto, el llamado *papiro de Turín*, con la lista de las dinastías, está roto en ciento sesenta y dos fragmentos, cuya reconstrucción es un acertijo desesperante para los egiptólogos. La piedra de Palermo, con la serie de monarcas

Fragmento de un papiro del "Libro de los Muertos" (Museo Egipcio, Turín).





Cabeza del faraón Didufri, que reinó en el III milenio a. de J.C., durante el Imperio Antiguo, hallada en las excavaciones de Abu Roash (Museo del Louvre, París). En el Imperio Antiguo, el faraón estaba divinizado, era señor de tierras y hombre, y jefe de la religión y el culto.

EL NEOLITICO EGIPCIO

La revolución neolítica llega pronto desde los focos asiáticos, en el V milenio probablemente. Ciertamente los autores egipcios (Huzayin) admiten un foco egipcio independiente y aun anterior al sirio, con una fase protoneolítica, pero es casi general la creencia de que el valle del Nilo recibió las innovaciones neolíticas de los centros asiáticos. La aportación más destacada de Egipto al capítulo de la domesticación animal sería el asno.

Si pensamos que alrededor del 3000 a. de J. C. la escritura jeroglífica está ya formada y que a partir de entonces nos hallamos en la época protodinástica, con datos muy seguros sobre monarcas y la duración de sus reinados, podemos dar a la fase de expansión neolítica y comienzos del metal unos dos milenios (V y IV), cuya cultura, en rápida ascensión, podemos llamar predinástica y en la que van apareciendo los rasgos que la hacen interesante.

En dicha etapa, la parte fértil de Egipto era más extensa que la actual. Tres grandes yacimientos nos dan facetas notables del neolítico antiguo. En el Alto Egipto se halla Deir Tasa, con hachas de piedra cilíndricas y cerámica de decoración incisa y formas algo acampanadas. En El Fayum, el establecimiento junto al lago ofrece un primer período de esta época. Mayor riqueza documental ofrece el vasto poblado

de Merimde Benisalame, en el delta, con sus chozas de maderos, por lo común de formas ovales, sus silos para guardar el trigo y sus construcciones de adobes. Los molinos de mano acompañan a las hachas de piedra pulimentada y a variados tipos de puntas y útiles de sílex. Se dan las mazas de piedra, piriformes, y abundan las piezas de hueso y marfil. La cerámica era sencilla y pintada en rojo y negro, sin otra decoración. Abundaba el cerdo. Los muertos eran enterrados en posición encogida, dentro del poblado, y sin ofrendas. La continuación de esta etapa protoneolítica la tenemos en el poblado de El Omari.

El Badari, en el Egipto Medio, nos ofrece la etapa eneolítica, pues conoce el cobre, y abundaban las ovejas y predominaba el ganado vacuno. La cerámica era variada y de elegante forma y decoración. Los ornamentos, collares, diademas, pulseras, son en extremo abundantes y junto a ellos aparecen objetos de culto, como figuritas de barro y marfil representando mujeres desnudas, sin duda ídolos de fecundidad propios de una cultura que acentúa su base agrícola y ganadera. Se entierra a los muertos en verdaderas necrópolis, con abundantes ofrendas.

Ya en el último período de esta etapa predinástica, las necrópolis de la región de Negode, en el Alto Egipto, alcanzan hasta las primeras dinastías. Se han distin-

guido en aquellas las fases sucesivas llamadas amratense y gerzeense. En la primera es corriente el uso del cobre, y la ganadería incluye al buey, asno, cerdo, oveja y cabra, además del perro. La cerámica es variada y rica, así como las piezas para el adorno personal; la primera, con vasos pintados de blanco y decorados con figuras más o menos esquemáticas, representando árboles, elefantes, cocodrilos y otros animales, además de barcas y hombres. Con el segundo período alcanzamos los tiempos inmediatamente anteriores a las primeras dinastías y que la tradición califica como la época de los adoradores de Horus, hacia el año 3000.

La perfección del retoque del sílex y el trabajo de la piedra, las escenas pintadas en los vasos, la presencia del oro, la plata y el lapislázuli y la fayanza, indican un gran progreso y contactos normales con el mundo mesopotámico, que se hallaba también en pleno florecimiento protodinástico. En el Bajo Egipto estas últimas fases se corresponden con la cultura B de El Fayum y con el poblado de El Maadi, al sur de El Cairo.

El rápido resumen de la sucesión cultural en el valle del Nilo es bien expresivo del esfuerzo de un pueblo en el camino de la civilización histórica.

R. M.

Estela egipcia grabada con criptografías o escrituras secretas, en parte decorativas, en parte significativas (Museo del Louvre, París). Es difícil determinar el límite entre la figura sin significado propio, la pictografía y el signo ideográfico.



LA CRITICA DE JACQUES PIRENNE A LA TEORIA DE FLINDERS PETRIE SOBRE EL ORIGEN DE LA ARQUITECTURA EGIPCIA

"A fin de dar mayor solidez a los ángulos de las construcciones en ladrillo, los egipcios inclinaban los lechos de ladrillos en cada extremo y construían sobre un lecho cóncavo. Esta inclinación es la que se copia en las construcciones en piedra, tal como puede comprobarse en los paramentos externos de todos los monumentos egipcios."

"Las construcciones ligeras se hacían con ramas verticales de palmera recubiertas de barro. Los extremos de las ramas se doblaban en lo alto, constituyendo una defensa contra cualquier intrusión. En ello debe verse el origen de las cornisas curvadas que se hallan en las construcciones de piedra... Las construcciones eran consolidadas en los ángulos por un haz de bastones o de cañas apretados por una banda circular, verdadero tope destinado a proteger los ángulos igualmente en las construcciones en piedra y aparece también bajo la cornisa en forma de gola."

"Se empleaba aún otra forma de construcción mediante tallos de papiros. Estos tienen el extremo en abanico. De ahí las hojas de papiros que se representan como adorno aplicado a todo lo largo de la parte superior de las murallas."

"El capitel en forma de palmera deriva probablemente de un manojo de ramas de palma ligadas y recubiertas de un mortero de barro destinado a reforzarlas, como se hace aún hoy en día con los tallos de maíz empleados en forma de columna. En la parte superior se dejan algunos extremos que conservan sus hojas para formar una cabeza."

"El capitel en forma de loto se parece más bien a un fuste decorado en torno suyo por botones de flores."

"Esta explicación me parece demasiado generalizada. En efecto, los palacios representados en los sarcófagos, que están contruidos con ladrillos, no presentan esa inclinación. Y yo no sé que los muros de los monumentos del Imperio Antiguo sean inclinados, a excepción de ciertas mastabas."

"Creo que no es necesario llevar las deducciones tan lejos. Es probable que ciertos elementos de la construcción ligera hayan inspirado motivos arquitectónicos, pero me parece que ciertas formas de ornamentación, cual las columnas papiriformes, palmiformes o lotiformes, son puras fantasías de artistas. El arte egipcio ha buscado modelos e inspiraciones en la vegetación, como lo hará más tarde el arte gótico."

Textos literales de F. Petrie, "Arts et métiers".

Textos de Jacques Pirenne, "Historia de la civilización del Antiguo Egipto".

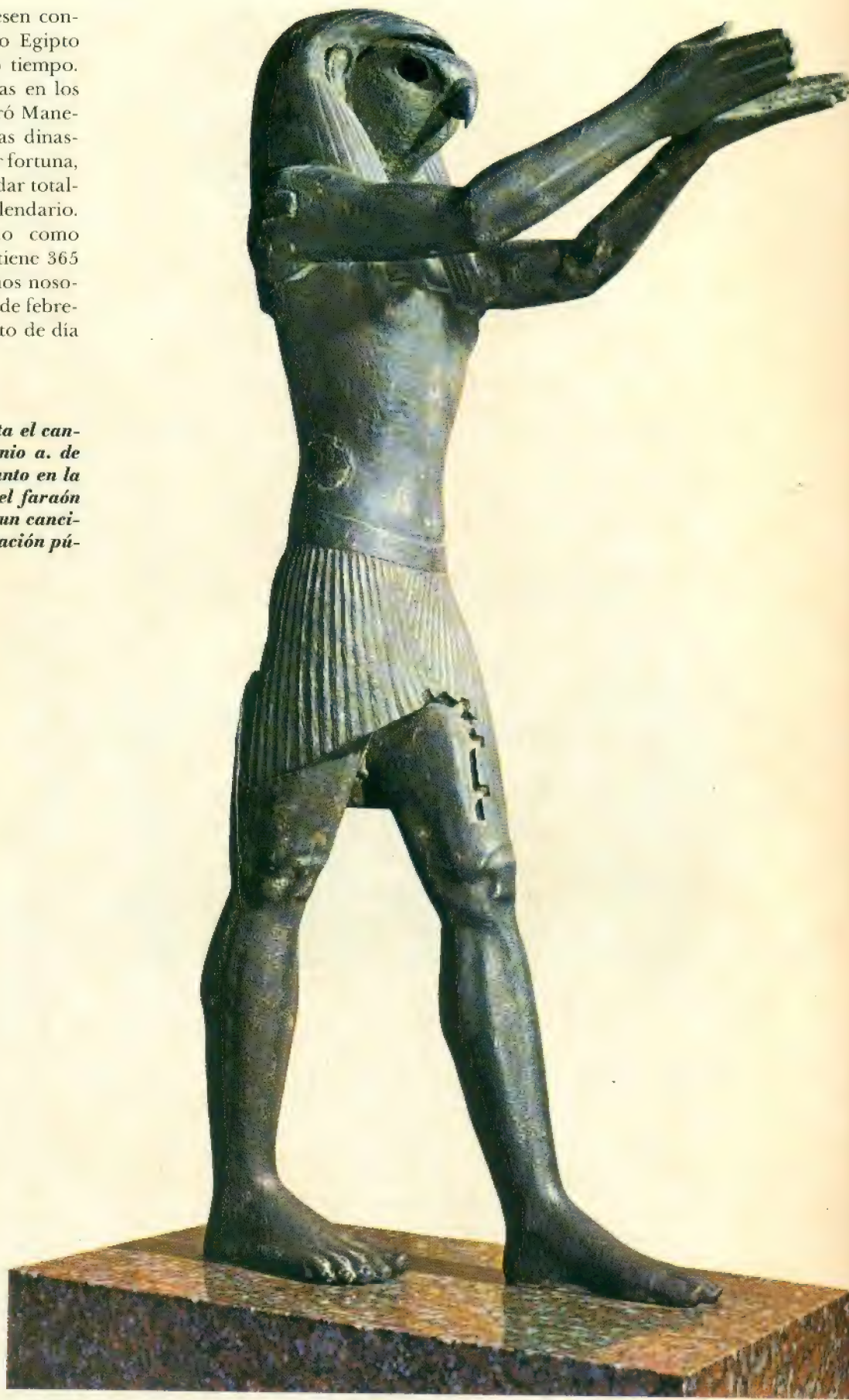
de las primeras dinastías, es sólo un insignificante fragmento que pone de relieve la importancia de lo que se ha perdido. Tercera: Manetón era un sacerdote del templo de Sebenitos, en el delta, que conocía bien la historia de Egipto y debió de escribir un libro lleno de erudición y exactitud; pero este libro ha desaparecido y sólo lo conocemos por extractos de escritores cristianos que no concuerdan entre sí, porque todos pretenden armonizar la cronología de Manetón con la de la Biblia y para lograrlo refundieron las dinastías con objeto de conseguir un número de años igual al que, según ellos, señalaba la Biblia para la creación del mundo, procedimiento que les indujo a error.

Este es el pro y el contra de la egiptología. Hay material abundante, aunque ya hemos dicho que es fragmentario y se contradice en la parte que toca a las primeras dinastías. Al llegar a la decimoctava ya no hay dificultades; empieza la XVIII dinastía del año 1580 a. de J. C., y desde esta fecha, reinado por reinado, año por año, sabemos lo que ocurre en Egipto. Mas para las diecisiete dinastías anteriores, los historiadores están en desacuerdo. Por ser importante, y al mismo tiempo curiosísimo, vamos a tratar de iniciar al lector en los esfuerzos que se han hecho para resolver este problema. En primer lugar, recuérdese que por Manetón y otros documentos tenemos listas de los faraones desde Mena o Menes, con los años que duró su reinado; sin embargo, cabría la posibi-

lidad de que algunas dinastías fuesen contemporáneas, por haberse dividido Egipto en dos monarquías durante cierto tiempo. En cambio, en las listas conservadas en los archivos de los templos que registró Manetón se excluirían probablemente las dinastías de los invasores extranjeros. Por fortuna, la cronología de Egipto puede quedar totalmente aclarada con ayuda de su calendario.

Los egipcios contaban el año como de 365 días, cuando en realidad tiene 365 y 6 horas, y por esta razón añadimos nosotros cada cuatro años un día al mes de febrero. Esta pérdida anual de un cuarto de día

Talla pintada de rojo que representa el canciller Nakhti, de fines del III milenio a. de J.C. (Museo del Louvre, París). Tanto en la época tinita como en la menfita, el faraón estaba asistido en el gobierno por un canciller o visir que dirigía la administración pública y presidía la justicia.



Escultura de bronce del dios Horus, divinidad del Bajo Egipto con la que se identificaban los faraones, representados por este motivo, en muchos casos, con cabeza de halcón (Museo del Louvre, París).

El escriba sentado, uno de los mejores ejemplos del realismo estatuario del Imperio Antiguo, perteneciente a la V dinastía (Museo del Louvre, París).



hizo cambiar con el tiempo las estaciones y hasta los meses, porque los egipcios dividían el año exactamente en doce meses. Así es que, por ejemplo, el mes en que las aguas del Nilo se retiraban, que es el nuestro de diciembre, según una inscripción era el tercer mes cuando un tal Uni, servidor del rey Meruere, de la sexta dinastía, fue a buscar piedras para la pirámide del faraón. Según otra inscripción del año 2050 a. de J. C., la

Muchacha oliendo una flor de loto, relieve perteneciente a la V dinastía, expresión de la sensibilidad artística del Egipto Antiguo (Museo del Louvre, París).



cosecha del cáñamo, que ahora se hace en Egipto el mes de abril, fue aquel año en el mes undécimo. Por datos de esta clase, como quiera que cada año los meses se retrasaban un cuarto de día, sabemos que se necesitan exactamente mil cuatrocientos sesenta años para que vuelvan a coincidir las estaciones día por día; esto es, para perder 365 días se necesitan 1.460 años.

Hasta hace poco, los egiptólogos habían establecido dos sistemas para la cronología del Egipto. Ambos están de acuerdo en que

la dinastía XVIII empieza el 1580 a. de J. C., pero según el sistema alemán, propuesto por Meyer, la primera dinastía empezaría el 4050 y la duodécima acabaría el 1786. La cronología propuesta por Flinders Petrie, el gran egiptólogo inglés, variaba solamente (¿como quien no dice nada!) de un ciclo de 1.460 años. El primer faraón, según Petrie, reinaría hacia el 5500 a. de J. C., y la duodécima dinastía acabaría el 3246. Pero el inglés Arthur Evans, al fundar su cronología de las tres culturas minoicas de Cnosos, se declaró

LAS CLASES SOCIALES EN EL IMPERIO ANTIGUO

Durante las primeras dinastías egipcias aparecen sólo dos clases sociales bien diferenciadas: el gobierno y los gobernados. Por encima de ambas, en la cúspide del sistema, estaba el faraón, encarnación del dios supremo y fuente única del poder, la ley, las riquezas y la felicidad. Diversas causas justifican este omnipoder del faraón y quizá sean razones de tipo militar y político las que den explicación lógica a esta concentración en un solo personaje y al respeto debido por sus funcionarios y gobernantes, con raras excepciones. Todo le pertenece y sobre todo tiene dominio. En este estadio superior, en relación directa con el faraón, está la familia real, en la que destacan por su importancia la reina y sus hijos, herederos en su día gracias a la pureza de su sangre, carisma éste que les garantiza el acceso a la corona.

En la escala social inmediata, y en una cierta igualdad de condiciones, existían diversos altos cargos en relación directa con el faraón y en los que se encuentra el origen de las posteriores clases aristocráticas egipcias: clero, funcionarios, oficiales del ejército y miembros de profesiones intelectuales, como pueden ser los médicos.

La clase sacerdotal dependía del faraón, en cuanto que éste era el dios gobernante, el sacerdote máximo. Si bien en las etapas iniciales no estaba totalmente desarrollada la profesión del sacerdocio, conocemos ya diversas jerarquías, como son el sumo sacerdote *ex officio* de la divinidad local y, por tanto, del culto al faraón, quien estaba asistido en sus funciones por sacerdotes de rango inferior y subordinados a su autoridad. Tales eran, entre otros, los *nabu* o puros, los padres divinos, el servidor divino o los doce sacerdotes que por turnos mantenían constantemente el culto a la divinidad. La función religiosa conformará a la clase sacerdotal, de tanto poder en el Egipto posterior, como clase social por el hecho de ser hereditaria.

Por lo que respecta a los funcionarios,

nobleza no hereditaria, reclutada entre la clase media culta, van a constituirse en clase social bien definida como consecuencia de la política de recompensas con que el faraón premia sus servicios. Se trata, en efecto, de una lógica política de estímulo, pero no es menos cierto que gracias a ella se va a definir en Egipto un importante estamento social, basado esencialmente en la eficacia de los servicios al faraón.

Entre los funcionarios destacan por la importancia y trascendencia de sus atribuciones los magistrados, el visir, los mayordomos, portadores de las sombrillas reales, etc. Los escribas formarán una especie de subclase, muy importante por sus posibilidades de promoción a los cargos. Citemos los escribas de los libros de las bibliotecas reales, los del faraón, el escriba superior de los registros de la corte suprema y los de las contribuciones. Existían luego los funcionarios con misiones en el extranjero: los representantes del faraón, los mensajeros reales, los gobernadores, y los encargados de la custodia de los sellos, obras hidráulicas, etc., complejo y casi exhaustivo mundo que nos habla de una activa burocracia, rica en privilegios y bienes y temida por las clases inferiores artesanales y agrícolas por la subordinación que les debían y las exigencias a soportar.

La función del ejército fue en sus orígenes menos relevante de lo que sería lógico pensar, aunque gozaba de un puesto de honor por la estima que el faraón dispensaba a sus oficiales. Los cargos no eran hereditarios y podía accederse a ellos tras las enseñanzas en la escuela de los escribas, en que podían ser nombrados oficiales superiores. El faraón desempeña también aquí una función preponderante, pues era el comandante en jefe, y sus hijos ostentaban el cargo de generales en las fuerzas. Con el tiempo, el ejército se va a convertir en uno de los poderes dominantes y principal fuerza motriz del estado, y sus miembros serían admitidos como

de un rango superior al del mero artesano o trabajador.

Quedan finalmente en este estadio superior los profesionales como el médico, que siempre gozaron de justa fama por su sabiduría y que son admitidos, por tanto, como miembros preferentes en un estamento en el que no tenían una función o responsabilidad continuada. El éxito de sus actuaciones permitía, sin embargo, la permanencia y el continuo respeto del faraón o de sus inmediatos colaboradores.

La gran masa del pueblo estaba constituida por los hombres libres, en su mayor parte campesinos, algunos de los cuales eran cultivadores propietarios de reducidas tierras y tenían otros obreros a su servicio. Eran especialistas en sus trabajos y así vemos definidos los trabajos del lagarero, labrador, sembrador, segador, espigadores, acemileros, actividades todas éstas recogidas en el arte egipcio, principalmente en los relieves de las mastabas. Estos mismos campesinos componían, mediante levas, el ejército, una vez acabadas las labores del campo.

En la ganadería ocurría algo muy parecido a lo que hemos visto en la agricultura. Los pastores y ordeñadores eran asimismo hombres libres, pero, en realidad, eran siervos totalmente condicionados en su libertad. Es lo que ocurre con los obreros propiamente dichos, mineros, canteros, obreros del alfar, carpinteros, y miembros de las diversas profesiones artesanas. Toda esta clase social, económicamente pobre, políticamente nula, constituía la base, sin embargo, de la riqueza egipcia, pues, en contra de lo que es frecuente en el Próximo Oriente, la esclavitud desempeña aquí un papel poco importante, quizá porque fuera innecesaria, dada la gran masa de población dispuesta a aceptar un régimen de libertad que bien poco se diferenciaba, en cuanto a las condiciones de trabajo, del que cabía esperar de los esclavos.

R. M.

LA RELIGION EGIPCIA

I. LAS POLEMICAS POR SU INTERPRETACION

Con textos religiosos egipcios y apoyándose en manifestaciones arqueológicas y artísticas, los egiptólogos documentan y prueban interpretaciones distintas y aún opuestas de las creencias egipcias: monoteísmo (Mariette), fetichismo (Maspero), magismo (Moret).

El faraón no impuso una teología única a todo el país; en cada templo, el cuerpo de sacerdotes elaboraba en torno a su dios una cierta especulación semejante a lo que hoy llamamos teología dogmática, pero esencialmente diferente en dos puntos: no era preciso creer en tales dogmas para considerarse adorador de tal dios —no había revelación divina ni especial sanción para el pensamiento y la lucubración de los sacerdotes— y esta teología dogmática no desbordaba los círculos sacerdotales para llegar al pueblo.

Cada creyente se acercaba a su dios con una idea distinta de su poder, atributos y relación con los humanos y bajo un mismo nombre divino se adoraban conceptos cambiantes de la divinidad. Se ha hablado insistentemente de una religión popular que sintetizaría las corrientes predominantes entre la masa egipcia, más abierta a las influencias exteriores, más primitiva e ingenua con prácticas más rudas —fetichismo, zoolatría, magia— y netamente separada de una religión oficial o sacerdotal.

En Egipto, el estado había asegurado a los distintos dioses el culto en su triple aspecto de edificios religiosos, sacerdotes, ceremonias. El faraón, sumo sacerdote de los diversos dioses; el culto, servicio público. La religión egipcia era, desde este punto de vista, unitaria y nacional.

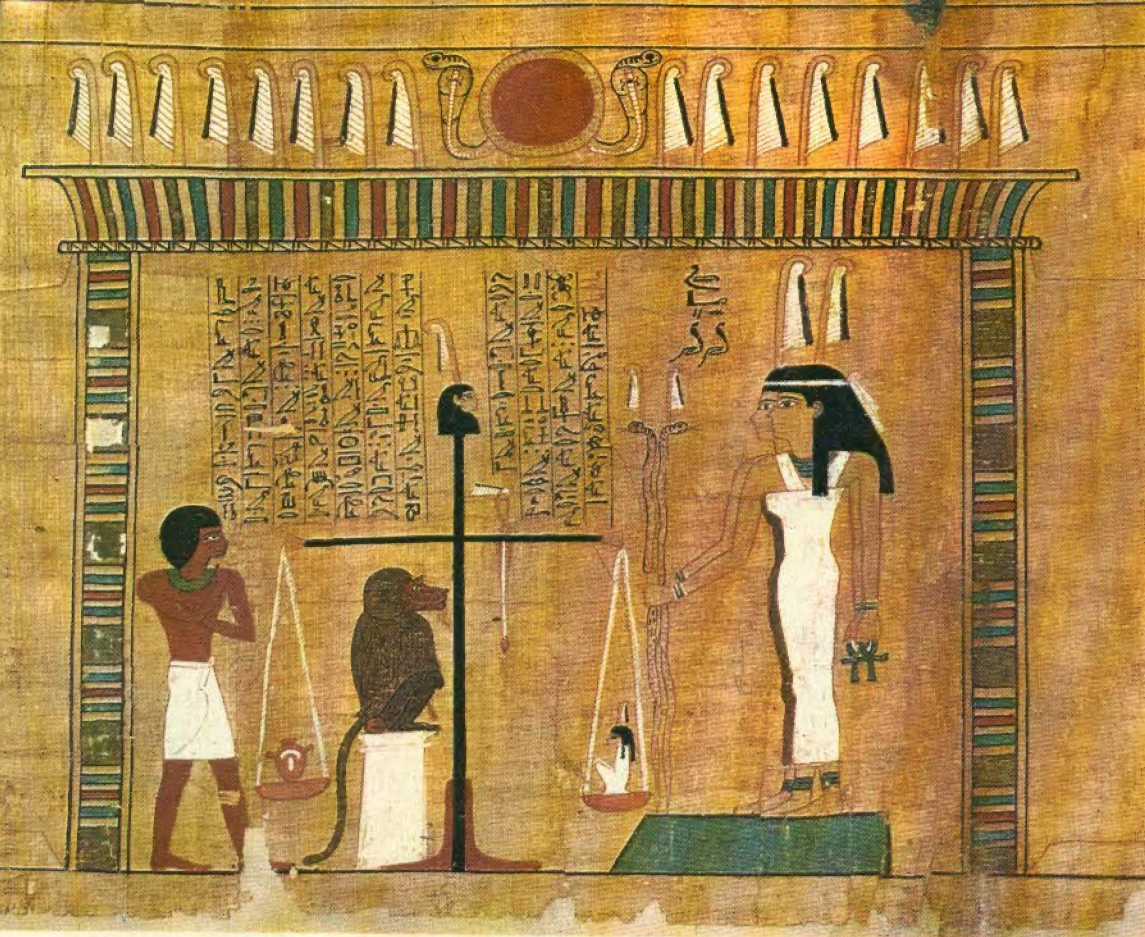
No parece posible hablar de una religión egipcia. La multiplicidad de dioses entre los egipcios impide una definición única de sus creencias, pero además la religión egipcia es histórica y está sometida a una evolución constante de época a época; discontinua y variable, escindida localmente en pequeños núcleos, la estructura social y cultural del país dividió a los creyentes en círculos autónomos abandonados cada uno a su propia interpretación del pensamiento religioso. Coexistencia, pues, de cultos, dioses, y dogmáticas tolerándose las unas a las otras bajo la tutela del faraón.

partidario del sistema Meyer. Petrie se basaba en que, tomando como final de la XII dinastía el año 1786, no quedan más que doscientos seis años entre la XIII y la XVIII, lo cual parece absurdo, a menos que fuesen contemporáneas varias dinastías. A pesar de todo, actualmente se considera que Menes reinaria hacia el año 3000 antes de Jesucristo.

Menes realizó, pues, la unificación de Egipto hacia el final del cuarto milenio antes de J. C. Morgan encontró la tumba de este faraón en Negadah, un edificio rectangular con estrias exteriores y dividido en cámaras. Entre los restos de ajuar funerario había un relieve de ebonita con jeroglíficos primitivos, en el que se leía la sílaba *men*. Así vemos que con la primera dinastía aparecen ya los jeroglíficos y en la tumba de una de sus reinas encontró Petrie brazaletes de oro. Vasos de piedra y objetos de marfil se fueron hallando también. El estado se iba organizando civilmente. En las tabletas mortuorias encontramos el nombre de los siguientes funcionarios: chambelán, regulador de la inundación, copero o encargado de las bodegas, arquitecto real, archivero y maestro de ce-

Anubis, dios egipcio con cabeza de chacal, identificado unas veces con Horus y otras con Osiris (Museo Británico, Londres).





Fragmentos de dos papiros funerarios de la V dinastía, de alto valor simbólico (Museo del Louvre, París).

remonias; perfumero real y zapatero, el que hace las sandalias. Menes y sus inmediatos sucesores son, pues, los fundadores de un Egipto ya monárquico. Por el protocolo, no hay demasiada diferencia entre uno de los primeros monarcas de Egipto y Luis XIV de Francia o Fernando VII de España. La diferencia no está más que en la satisfacción o disgusto de sus súbditos, no en el criterio gubernamental del estado que tienen los dinastas de Egipto, 3000 años a. de J. C.,

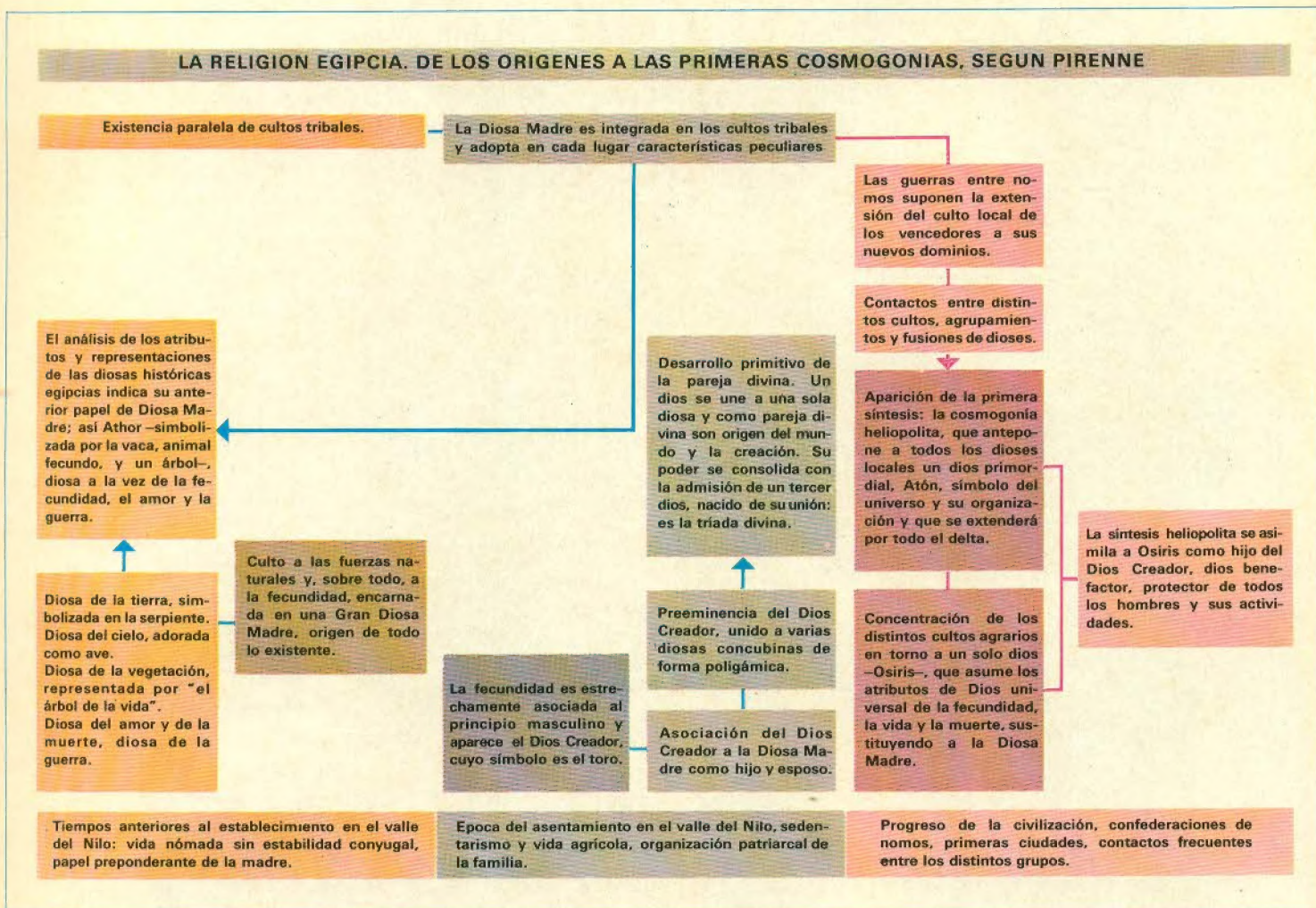


EL AÑO EGIPCIO	
ESTACIONES	MESES
AKHET (estación de la crecida)	THOT (julio) PAOFI ATIR CHOIAK
PERT (estación de la vegetación)	TIBI MECHIR FAMENOT FARMUTI
SHEMU (estación de la sequía)	PACHON PAYNI EPIFI MESORI

o las testas coronadas de la Europa absolutista. Sin embargo, aunque el absolutismo sería hoy un anacronismo, fue sin duda favorable para el progreso humano pasar del régimen de los clanes independientes del Egipto prehistórico al estado centralizado, regido por un solo faraón.

Durante la primera dinastía, los hombres de las diferentes razas que poblaron Egipto dieron un gran paso, perfeccionando el sistema de escritura. Los jeroglíficos del periodo predinástico podrían calificarse de embrionarios, simples tentativas de escritura, con pictografías; las ideas y cosas se representan

LA RELIGION EGIPCIA. DE LOS ORIGENES A LAS PRIMERAS COSMOGONIAS, SEGUN PIRENNE



con figuras de los mismos objetos. Esta manera primitiva se mantuvo durante las dos primeras dinastías. Así, vemos a Menes en su paleta acompañado de un pez que significa su nombre personal y en la estela sobre la tumba del faraón Uto hay la serpiente, que es lo que significa la palabra egipcia *Uto*.

Poco a poco, las pictografías se estilizan, abrevian, y simultáneamente se precisan sus significados con signos silábicos. Otras veces se entienden por su valor metafórico: columna por fuerza, lengua por mandato.

Además, un mismo nombre o palabra que sería suficiente se acompaña con una pareja de jeroglíficos, que suenan lo mismo, compuesta de dos silábicos, y para más seguridad se añade un tercero metafórico. Esta simultaneidad de escritura complica la lectura, pero confirma la interpretación.

Los faraones de las tres primeras dinastías, fundadores del Egipto tal como con pocas diferencias quedó hasta la época romana, se cree que procedían del Alto Egipto, de un lugar, Edfú, donde se veneraba un dios totémico en forma de halcón. Es el pá-

jaro maravilloso que se cierne en el gran cielo azul del desierto a cada lado del Nilo. Su divinización en aquel lugar no sorprende, y ya veremos que fue adoptado como un dios tutelar también en el delta, pero allí tuvo que explicarse su nacimiento con un episodio del mito de Osiris.

Horus el Halcón quedó como el protector, el animal patronímico y tutelar de los faraones. Hasta cuando otras divinidades suplantaron a Horus como dios principal, los faraones, además del nombre apellidado compuesto de varios jeroglíficos, se firmaban con un segundo "nombre de Horus". Esto consolidaba la unidad del estado. Los faraones llevaban simultáneamente las dos coronas, la tiara alta del Alto Egipto y la cofia-bonete del Bajo Egipto.

La residencia del monarca fue en Buto, en el Bajo Egipto, país más fértil y con posibilidades de comercio, por su acceso al mar. La ciudad santa, porque tenía el templo de Ptah, fue Menfis. El palacio para la administración se llamaba el Muro Blanco. El faraón hacía su aparición en el Muro Blanco al coronarse, y después cada treinta años, amor-

tajado. Aquel día comenzaba el mismo faraón otro reinado, pero con distinto nombre. Estas ceremonias de ritos de coronación representaban una tradición histórica.

Durante las primeras dinastías, que duraron probablemente algo así como unos quinientos años, se ahogaron las rebeldías de los vasallos y desapareció la antigua organización feudal de los señorios prehistóricos. El faraón gobierna solo, valiéndose de un visir o canciller. Se establece un censo para registrar "el oro y los campos", esto es, la fortuna y la propiedad. Se crea el estado con los elementos que perduran todavía. Es ciertamente mucho más de lo que podemos figurarnos lo que en realidad debemos a Egipto, y precisamente al de las primeras dinastías, al de los faraones cobijados por Horus el Halcón.

El arte avanza también, creándose esculturas, retratos que son ya de gran belleza. Pero son raros, porque el Bajo Egipto, donde está establecida la corte, carece de piedras y las que se emplean para tallas han de importarse del Alto Egipto. La misma escasez de materiales retrasa el desarrollo de la arquitectura. El Muro Blanco o Palacio Real de Menfis estaba construido con cañas y postes de palma mantenidos con cuerdas de fibra de papiro. Por esta razón, mientras a partir de la tercera dinastía los faraones y magnates construyeron tumbas y hasta templos de piedra, no nos queda un solo monumento de piedra de la época de las dos primeras dinastías. Los sepulcros de los faraones que se excavaron en Abidos, junto a Thinis, en el Alto Egipto, son construcciones subterráneas de ladrillo cocido al sol. No se descubre en ellas ningún esfuerzo de arte suntuario. La industria, en cambio, se ve progresar; se han hallado restos de joyas de oro y turquesas que denotan la excelencia del arte del joyero en las primeras dinastías.

Ya en las dos primeras dinastías la centralización del gobierno permitió empresas coloniales. Hay inscripciones que recuerdan viajes para ir a la Nubia a recoger el oro que sus habitantes habían beneficiado de las arenas del Nilo y sus afluentes.

Otras conmemoran expediciones militares para castigar a los beduinos del Sinaí, a los que se había impuesto un tributo de turquesas y cobre. El faraón iba allí en persona con un pequeño ejército y se gloriaba de su dominación en aquel lugar apartado.

Desde las ciudades de la costa, con barcas de cabotaje se iba a Fenicia llevando grano para cambiar por las apreciadas vigas de cedro de las montañas del Líbano. Ya en esta época, los experimentados navegantes cretenses llegarían con sus buques de alta mar a la isla del Faro.

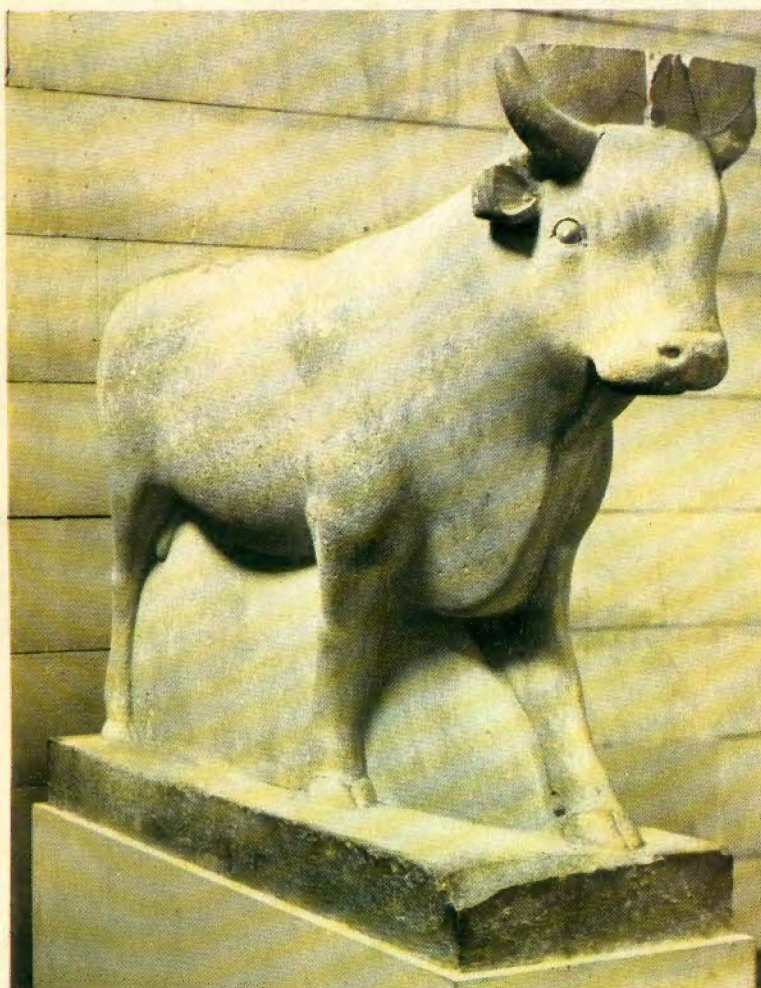


Estatua de Mesa, esposa de un funcionario faraónico de mediados del III milenio a. de J.C. (Museo del Louvre, París). Ya en tiempos tan antiguos, la escultura egipcia tenía un estilo tan personal como el de esta estatua.



BIBLIOGRAFIA

Alfred, C.	<i>Old Kingdom Art in Ancient Egypt</i> , Londres, 1949.
Baumgartel, E. J.	<i>The Cultures of prehistoric Egypt</i> , Oxford, 1955. — <i>Predynastic Egypt</i> , fasc. 38 de "The Cambridge Ancient History", Cambridge, 1965.
Daumas, F.	<i>La civilisation de l'Égypte pharaonique</i> , París, 1965.
Drioton, E., y Vandier, J.	<i>Historia de Egipto</i> , Buenos Aires, 1968.
Emery, W. B.	<i>Archaic Egypt</i> , Edimburgo, 1961.
Hawkes, J.	<i>Los faraones de Egipto</i> , Barcelona, 1965.
Massovlar, E.	<i>Préhistoire et protohistoire de l'Égypte</i> , París, 1949.
Michalowski, K.	<i>Arte y civilización de Egipto</i> , Barcelona, 1969.
Morgan, J.	<i>Recherches sur les origines de l'Égypte</i> , París, 1897.
Petrie, F.	<i>A history of Egypt (from the earliest kings to the xvth century)</i> , Londres, 1924.
Pirenne, J.	<i>Historia de la civilización del Antiguo Egipto</i> , tomo I, Barcelona, 1963.
Stevenson Smith, W.	<i>The old kingdom in Egypt</i> , "Cambridge Ancient History", Cambridge, 1962.
Vandier, J.	<i>Manuel d'Archéologie Egyptienne</i> , París, 1952.



El buey Apis, divinidad egipcia, símbolo de Osiris, venerado en el templo de Ptah, en Menfis (Museo del Louvre, París).